

## JOSÉ DE LA CUADRA, *HORNO*<sup>1</sup>

Carlos Mastronardi

El cuento breve encuentra su mejor destino en la intensidad, en las vibraciones fundamentales y temibles, puesto que en él no cabe lo circunstancial ni la observación preciosa y diminuta. Un sacudón eficaz, un choque pródigo en efectos emocionales, puede justificarlo dentro del género. Debe ganar por este camino lo que pierde en gradaciones preparatorias y en hallazgos parciales. Con frecuencia cumple su misión estética mediante un desenlace decorosa-mente imprevisto que es su razón de ser y —más que su finalidad— su causa primera.

A Carmelo di Vrunó, que ha contribuido a difundir por estas latitudes la buena literatura del Ecuador, debemos agradecer el conocimiento de *Horno*, libro de cuentos de José de la Cuadra. Se trata de un narrador en cuyas páginas se hospeda la aventura y se mueven pasiones elementales. Sin atenerse a preceptiva alguna, sostenido por la afortunada violencia o por la gracia pintoresca de ocasionales diálogos, De la Cuadra se muestra constantemente eficaz y se desplaza con soltura dentro del arte narrativo. Literariamente nos depara homicidios valiosos, buenas escenas de lucha, crueldades impecables, excelentes venganzas y óptimos estupros. No hay momentos baldíos ni languideces perceptibles en sus tensas historias selváticas.

Descarnado y directo, como conviene a la rudeza de los temas que desarrolla, este avezado narrador no presiona ni enfatiza sus argumentos, sino que los deja avanzar naturalmente hacia un final no siempre anunciado o previsible. Otras veces nos presenta ligeras «estampas», donde ni la sucesión episó-

1. Prólogo a la 2a. edición de *Horno*, Colección América, Buenos Aires, Ediciones Perseo, 1940.

dica ni el desenlace cuentan de modo principal: las justifican planamente algunas modalidades y rasgos de sus personajes.

En el presente libro, cuyo estilo persevera en la sobriedad y el movimiento, la acción es más importante que los caracteres. No podía ocurrir de otro modo, puesto que sus torvos pobladores no permiten matices ni complejidades de orden subjetivo. Nuestro autor recoge los datos más significativos de la realidad en narraciones que no dejan traslucir ninguna elaboración intermedia.

Como adscriptos a un mecanismo avasallante, sus héroes —parecidos y hermanos en las reacciones físicas— combaten, aman, se persiguen y cometen depredaciones sin detenerse a considerar los móviles de sus actos. Alcanzamos a percibir el destino de estos hombres, no su intimidad primaria.

Intensidad y fuerza hay en *De la Cuadra*, autor que no se demora en lo descriptivo y que sabe economizar paisajes. Su mesura en el manejo del color local puede ser orientadora en estas coloridas repúblicas. Suponemos el bosque ecuatoriano, pero esa floresta no es impenetrable para los lectores que se acercan al valioso autor de *Horno*.

Vemos sus personajes desde una perspectiva lejana, como a través de una versión oral, como si escucháramos el relato de un relato. De la Cuadra se mantiene suficientemente remoto, y se dijera que solo nos muestra un documento vivo, una realidad que no puede ser transfigurada por los personales gustos del literato.

Del esplendor genésico y del coraje implacable trae el narrador sus temas y asuntos más reiterados. La vigorosa y radiante animalidad de algunos personajes deja huellas profundas en el ánimo del lector, pero hay escenas enternecedoras en *Horno*, como aquellas que se refieren al peregrinaje de unos músicos de banda pueblerina.

Le bastan unos pocos modismos a De la Cuadra para sugerir las comarcas de sus cuentos: nunca nos impone, como condición previa a la lectura, el súbito dominio de los dialectos montaraces.

Las criaturas de este libro se definen por sus actos. Más que individualidades, son arquetipos y derivaciones de un ambiente determinado. Representan una clase social, pero no descienden a esquemas polémicos ni se convierten en meras fichas del narrador, como les ocurre a los personajes de algunas novelas reciamente aburridas y nunca sospechosas de espiritualidad.

Como en *Los Sangurimas*, libro que toma el nombre de una familia cerril y continuamente asombrosa, De la Cuadra nos hace intimar con plásticas expresiones populares y con oscuros, lacerados destinos. En *Horno*, su originalidad es más prudente y recatada, pero igualmente pródiga en ocasiones de belleza y en regalos de arte. ❖

## SOBRE CUÁNDO Y CÓMO JOSÉ DE LA CUADRA ESCRIBIÓ «GUÁSINTON»<sup>1</sup>

Alejandro Carrión

Querida Matilde:

En la magnífica edición de las obras completas de José de la Cuadra, que usted acaba de editar en las prensas de la Casa de la Cultura, leo lo siguiente, debido a Jorge Adoum, el compilador de la edición:

Ha sido imposible averiguar la fecha exacta a la que corresponden los catorce relatos (de *Guásinton*, último libro publicado por De la Cuadra): y, si bien todos ellos revelan, por la maestría de la técnica y la capacidad de la síntesis, al mismo autor maduro, los temas varían hasta el extremo de que *Guásinton* parecería ser, sin intención premeditada, algo como una antología de las diversas épocas de Cuadra.<sup>2</sup>

1. Esta carta se publicó en la revista *Letras del Ecuador*, XIV, No. 113, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, pp. 1-11.
2. La nota de Jorge Enrique Adoum, que reproducimos íntegramente, consta en *Obras completas* de José de la Cuadra, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. 519: «Apareció en 1938, publicado en los Talleres Gráficos de Educación, de Quito, con prólogo de Isaac J. Barrera y carátula de Leonardo Tejada.

Ha sido imposible averiguar la fecha exacta a la que corresponden los catorce relatos: y, si bien todos ellos revelan, por la maestría de la técnica y la capacidad de síntesis, al mismo autor maduro, los temas varían hasta tal punto que *GUASINTON* parecería ser, sin intención premeditada, algo como una antología de las diversas épocas de Cuadra: 'La Selva en llamas', 'Se ha perdido una niña', están dentro del marco de *EL AMOR QUE DORMÍA*; 'El cóndor de oro', 'La solterona', pudieron haber integrado *REPISAS*; 'El Santo nuevo', 'Cubillo, buscador de ganado', *HONOR*. El registro se completa con una colección de crónicas que se publican en otra sección de este volumen.

En *Guásinton: historia de un lagarto montuvío*, José de la Cuadra proyecta, por primera —por única— vez, su sentido de penetración y análisis hacia un ser no humano, y logra

No era imposible averiguar la fecha exacta en que Pepe (lo llamaré en la forma familiar en que lo llamábamos sus amigos) escribió los relatos que componen *Guásinton*. Habría bastado con que Adoum hablara conmigo o con Manuel Medina, pues nosotros fuimos testigos de cómo se escribió el libro, lo vimos crecer página a página y muchos de esos cuentos fueron mecanografiados por Medina o por mí. Creo que interesará a los lectores de *Letras* el saberlo: de todos modos, interesa el asunto a la historia de nuestra literatura, por eso le escribo la presente carta contándoselo.

En 1937 el señor General don Alberto Enríquez Gallo, entonces Ministro de Defensa, derribó al gobierno del señor ingeniero don Federico Páez, sucediéndolo en la Jefatura del Ejecutivo. Nombró Secretario General de la Administración al señor doctor don Luis Bossano, hoy dignísimo miembro de la Junta General de la Casa de la Cultura, quien puede saber también de este asunto literario que nos interesa, pues estuvo entonces, en razón de su cargo, muy cerca de Pepe de la Cuadra. El señor Coronel don Jorge Quintana Dueñas fue nombrado Ministro de Gobierno y Pepe de la Cuadra Subsecretario de ese importante Ministerio. El señor Coronel, por indicación de Pepe, me nombró su Secretario Privado, mientras Manuel Medina era nombrado para igual cargo junto a De la Cuadra. Y el señor Teniente Benigno Jaramillo fue designado edecán del señor Ministro.

Cuando había trabajo hasta muy tarde en el Ministerio, el señor Coronel, que era muy generoso y gentil, invitaba a su casa a Pepe, a Manuel, al Teniente Jaramillo y a mí. Allí cenábamos, muchas veces tomábamos algún whisky y más tarde íbamos con Pepe, que era noctámbulo, a su departamento en el Hotel Savoy. Allí, con la amable presencia de doña Inés Núñez del Arco, hermosa dama, esposa de Pepe, veíamos con frecuencia aparecer la aurora leyendo los cuentos de *Guásinton*.

Porque Pepe, robando momentos a su trabajo en el Ministerio, estaba escribiendo *Guásinton*, según él decía, para «aprovecharle» al Gobierno la Imprenta Nacional. Cada vez que Pepe tenía listo un nuevo cuento, nos llevaba a Medina, al Teniente Jaramillo y a mí a escucharlo y a darle nuestra opinión, la cual, dicho sea, aquí en confianza, le importaba un pepino. En realidad, Pepe quería escuchar solamente palabras de rendida admiración, y si le hacíamos

crear un personaje animal, omnipresente en el relato, que cautiva por aquello que pudiéramos llamar sus hábitos, presentados o inventados por el autor, y de los que se vale para darnos, una vez más, el ambiente de la Costa ecuatoriana. La anécdota que narra en 'El Santo nuevo' parece ser verídica: la cita en su ensayo *EL MONTUVIO ECUATORIANO*. Aunque en éste, como en los demás cuentos del volumen, lo anecdótico es lo que menos importa: por sobre ellos está el valor de interpretación humana, individual y sociológica, que da a De la Cuadra el derecho a ocupar el alto lugar que le corresponde en la literatura ecuatoriana y del continente.

algún reparo, se indignaba y nos acusaba de mal gusto literario o, simple y llanamente, de estupidez congénita. Pepe tenía un altísimo concepto de sí mismo, y, claro está, ese concepto era justo y nosotros lo compartíamos.

Allí, doña Inés, Manuel, el teniente Jaramillo y yo fuimos viendo crecer *Guásinton*. Pepe tenía especial amor por su cuento «La selva en llamas». Le gustaba mi manera de leer, y me pedía que diese lectura a su cuento preferido, mientras su gentil esposa nos servía wisky en abundancia. Recuerdo que Pepe nos preguntaba entonces: «¿Verdad que es el coro esquiliano? ¿Verdad?» Andaba por entonces muy pagado de saber portugués, y cuando las copas se le subían a la cabeza se ponía a cantar en ese idioma unas canciones que sabía.

Yo puse a limpio en el Ministerio, en el despacho del señor Ministro, muchos de los cuentos de *Guásinton*, y el Coronel que sabía lo que yo estaba haciendo, cuando tenía necesidad de dictarme algún telegrama o carta, me decía: «Carrioncito, deja los ‘versos’ de Pepe y resígnate a escribir oficios». Cuando los originales estuvieron listos, pasaron a la Imprenta Nacional, de la cual era regente Gonzalo Maldonado Jarrín, recién venido de Europa, donde estuvo becado por el Ministerio de Educación, preparándose en artes gráficas. Deseoso de mostrar cuánto había aprendido, Gonzalo le dio al libro esa rara conformación tipográfica que hace tan difícil su lectura.

Se extraña Jorge Adoum de la diversidad de temas de los cuentos de *Guásinton*, y basándose en ella supone que pertenecen a diferentes épocas de la vida del escritor. No hay nada de eso. Pepe de la Cuadra quería demostrar que su capacidad de cuentista era universal, que podía desarrollar los temas más variados y contrapuestos, y para eso, para que se diesen cuenta los lectores de la portentosa versatilidad de su espíritu creador, para eso escribió *Guásinton*. Pero como sus tareas en el Ministerio no le dejaban tiempo suficiente, incluyó en el volumen algunas crónicas y notas bibliográficas que había publicado en diversos periódicos y revistas, especialmente en *El Telégrafo* y en *América*. «Me va a salir un folletito *Guásinton*», se quejaba y al final resolvió el problema por la inclusión de esas notas y crónicas. Por cierto que él tenía un arreglo con la editorial Espasa-Calpe, de Madrid, para comentar sus libros, que le eran remitidos gratis. Las notas incluidas en *Guásinton* se refieren a libros de esa editorial.

No quiero terminar ésta carta, querida Matilde, sin expresar mi absoluto desacuerdo con Alfredo Pareja por los siguientes párrafos de su prólogo,<sup>3</sup> por lo demás excelente: «Lo último que en relato de ficción, Cuadra publicó fue el libro *GUÁSINTON*, título del primer cuento del volumen, en el que pue-

3. Alfredo Pareja Diezcanseco, «El mayor de los cinco», prólogo a *Obras completas* de José de la Cuadra, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, pp. IX-XXXIX.

den encontrarse varios otros, al parecer de distintas fechas, según presume, con razón, Jorge Adoum, y por lo cual es un libro muy desigual para poder juzgar por él el proceso creador del escritor. —En *Guásinton* ensaya Cuadra el personaje animal, un gran lagarto cebado, que ama y odia y sabe luchar con una valentía y astucia casi humanas. Es un buen cuento, de intención, acaso, algo frustrada. Los demás del volumen no son de los mejores que Pepe escribió».

Estos párrafos, querida amiga, muestran lo que puede, aún en un espíritu crítico tan claro como el de Alfredo, un prejuicio. Cuando Jorge Adoum presumió que los cuentos eran de diversas épocas, creó en el ánimo de Alfredo un prejuicio contra ese admirable libro, que es, por encima de lo que se ha dicho en los párrafos transcritos, LA OBRA MAESTRA de José de la Cuadra. Me extraña que la perspicacia crítica de Alfredo se haya dejado capturar en la conjetura que hizo Jorge Adoum.

«Guásinton», el cuento que da título al volumen, es no una pieza de «intención algo frustrada», sino una obra plena, en intención y en realización, de una justeza de palabra y arquitectura que deja pasmados. «La selva en llamadas», el cuento que más amaba Pepe, es realmente portentoso, por su movimiento, por su pasión, por su colorido. ¿Quién podrá encontrar en «La Caracola» el más leve defecto? Este cuento, con «Olor de cacao», que está en *Horno*, es la obra maestra de la delicadeza, del leve matiz, del contar escorzos del alma que para los demás se esfumaría sin percibirse. Y así... Yo cambiaría el texto de Alfredo, adecuándolo a la estricta realidad: «Guásinton y los demás cuentos del volumen son de los mejores que Pepe escribió». Estoy seguro de que Alfredo, escapándose del prejuicio que le produjo la conjetura de Jorge Adoum, terminará siendo de mi opinión.

Estas «curiosidades literarias» me ha dado, querida amiga, la feliz oportunidad de saludarla con mi sincero afecto,

A doña Matilde Cabeza de Vaca de Ortega Bueno, directora de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana,

En su despacho. ♦